



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(J. García Ramos.)



—
F Dicen los críticos de él
que tiene en casa un tesoro,
puesto que puede hacer oro
con las barbas del pincel.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Miseria oculta, por Luis de Ansoarena.—Faliqne, por Clara.—Para tal culpa, tal pena, por Alberto Casañal Shakery.—¡Cómo se escribe!, por Antonio de Valbuena.—Á una prima tacaña, por Juan Pérez Zúñiga.—Ley eterna, por Sinesio Delgado.—Mendicancias, por Antonio Soler, Alfredo López Álvarez y Federico Canalejas.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS INSTANTÁNEOS: J. García Ramos.—Del Santo.—Al Santo (cuatro viñetas).—En el restaurant.—Propósito de enmienda.—Tempestad deshecha, por Cilla.



DE TODO UN POCO

No, no decae nuestra tradicional romería.

Los trenes llegan rebosando forasteros de rostro plácido, las familias madrileñas se disponen á visitar al Labrador excelso, que reside extramuros de la villa y corte, y los industriales fabrican á toda velocidad la legítima leche de las Navas, el reputado

vino de Valdepeñas y las incomparables rosquillas (que antes fueron mendrugos) de Fuenlabrada.

¿Quién, siendo madrileño de raza, dejará de acudir á la Pradera para tomar un baño de sol, arrullado por los dulces sonos de las chirimías que tañen los músicos del *Tío Vivo* y bailar una mazurca al dulce compás del piano de manubrio? ¿Quién dejará de comer la ensalada de escabeche aliñada con aceitunas zapateras?

La romería nos trastorna y nos enloquece hasta el punto de abandonar nuestras obligaciones más sagradas.

—¡Caramba! El caso es que yo tenía que ir á cortarle un callo á un senador del reino—dice un pedicuro acreditado;—pero hoy es San Isidro.

Y deja el callo y lo deja todo, para decir á su mujer:

—Haz una buena tortilla, compra escabeche, viste al besugo, quitale las espinas al niño, digo, no, al revés... ¡No sé dónde tengo la cabeza!

—Pero ¿de qué se trata?

—De ir á San Isidro.

—¡Andando!—exclama la pedicura.

¡Y á gozar, que la vida es corta!

* *

Los forasteros se divierten también de un modo extraordinario.

Llega uno á la Puerta del Sol, y sin saber cómo, se encuentra metido en un ómnibus, empujado por el cochero, que dice á grandes voces:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Á San Isidro! ¡Suban aquí!

El forastero se deja caer sobre el almohadón sin lanzar un quejido, encima del forastero se coloca una señora obesa que sostiene sobre sus rodillas un niño y con el niño un bulto conteniendo una cazuela dentro de la cual yacen los trozos inanimados de medio cibrto.

—Hágase usted para allá—dice la señora al forastero, metiéndole un todo por la boca del estómago.

—¿Para dónde?—pregunta él sorprendido.

Por toda respuesta, la señora le da un empujón, obligándole á caer de costado sobre un paleta, que le atiza un puñetazo sin decir una palabra.

Pánase en movimiento el carruaje antes de que el desdichado forastero haya podido protestar, y algunos minutos después aparece en la portezuela la cara del cobrador, que grita con voz aguardentosa:

—¡Eh, á pagar!

El forastero saca una moneda y la deposita en manos del recién aparecido.

—¿Qué me da usted aquí?—pregunta ésta.

—Dos reales—contesta aquél.

—Son cuatro.

—¿Cuatro? Pues que paren.

Todos los del coche se echan á reír, y el forastero paga y sufre en silencio.

Pero llega á la romería... ¡Oh placer! Ya está libre de rechiflas y vejámenes; ya puede andar á sus anchas y tomar cualquier cosilla en un merendero. Recorre la Pradera, entra en la capilla, párase á contemplar los pitos y las figuras caprichosas... y viene un borracho y le da con una bota en la cabeza, confundiéndole con un amigo de la infancia.

* *

En muchas casas particulares hay estos días forasteros que han aprovechado la baratura de los trenes para visitar Madrid y comprar de paso unas frioleras.

En casa de D. Ciriaco se ha metido un matrimonio, paisano suyo, que come de una manera horrible, porque estas aguas finas de Madrid abren el apetito á un guardacantón.

—La verdad, chico—decía D. Ciriaco cuando vió aparecer al matrimonio,—aquí no cabéis.

—¿Que no? Ya verás tú—contestaba el marido.—Nos ponemos una cama en este corredor, y ¡tan contentos! Con nosotros no gastas ceremonias.

No hubo medio de evitar la irrupción, y D. Ciriaco y su esposa duermen en la despensa, para que el matrimonio forastero ocupe la única alcoba grande de la casa. Y lo peor es que los forasteros siempre se están quejando de la comida.

—¡Pero Ciriaco! ¡Qué mal coméis en Madrid! ¿Esta carne de qué es?

—De vaca.

—¡Quiá! Esta carne es de persona.

—Para carnes las de allá—añade la forastera.

—Mira—dice á lo mejor el forastero,—«ésta» y yo nos vamos esta tarde á San Isidro, porque, ya que estamos aquí, queremos verlo todo. Si no venimos á las siete...

—Comprendido: es que coméis fuera.

—No, si no venimos á las siete, podéis comer vosotros y nos guardáis comida.

El que tiene casa puesta en Madrid se expone á que se la invadan los amigos de provincias, ó á que llegue un matrimonio «fuera de cuenta» y dé á luz al día siguiente de su llegada, como ha sucedido en casa de uno de nuestros suscritores. Entrósele por las puertas una señora de Mondáriz con su esposo, saludó á los dueños del domicilio, y á las veinticuatro horas...

—¡Ay!... ¡Ay!

—¿Qué le pasa á usted, Mariquita?

—¡Que voy á ser madre!

Y lo fué en la sala, junto al sofá, con gran indignación de los dueños de la casa, que decían hablando entre sí:

—¿Has visto deavergüenza semejante? ¡Dar á luz en casa ajena!

—Bien pensado—objetó la señora de la casa,—¿qué iba á hacer la pobre?

—Aguantarse, como me hubiera aguantado yo.

* *

Se han publicado estos días dos libros muy notables.

De un periodista se titula el primero, colección de hermosos artículos de Ricardo Fuentes, uno de los jóvenes que mejor escriben y piensan más hondo.

El otro libro lleva por título *Lucha extraña*, y es una novela interesante escrita por Luis López Ballesteros.

Á ambos autores les envía el testimonio de su admiración y de su amistad sincera,

Luis Taboada.

*

Miseria oculta.

—Padre, es muy duro—decía el rey, con honda tristeza—que el que lleva todavía real corona en la cabeza, el que llegó hasta la cumbre de la gloria y del poder,

comido de podredumbre su cuerpo tenga que ver. Sé que humo las dichas son; mas, la verdad, no consigo hallar cumplida razón para tan fuerte castigo.

¡AL SANTO!



—Yo no voy á la Pradera más que por los columpios. No por subir, sino para ponerme debajo.



—Todos los que haigen venido de Grinón se van á quedar asombraos al ver este pañuelo de Manila.



—No sé á qué voy. Porque está visto que á los paletos no les gustan más que las gordas.



—Pues mire usted, hace treinta y siete años que voy á la ermita. Y si me divierto esta tarde puedo decir que es la primera vez que me he divertido.

PARA TAL CULPA, TAL PENA

(CUENTO BATURRO)

I

—El maestro de escuela, hace un instante, m'ha parau en la plaza y m'ha dicho que el chico va palante, que se da en la litura güena traza y s'aplica bastante.

—¿Qué quíes icir con eso?

—Que debemos

mandale un regalico pa hacete ver así cogradecemos ese cuidiao que tiene con el chico. Hace un año na más que va á la escuela y lee que se las pela, y ha dau ya, que yo sepa, dos cartillas.

—Güeno, güeno: si no te paice mal, mándale una docena de morcillas y un capón de los que haiga en el corral.

II

Pocos días después, una mañana, el chico del tío Inacio y la tía Juana hizo al maestro salir de sus casillas llevándole el capón y las morcillas. El buen señor, según cuenta la historia, casi se puso enfermo de emoción, y trasladado se creyó á la gloria cuando vió las morcillas y el capón, y añaden que exclamó (yo no lo oí):

—¡Hoy, Señor, creo en ti!

III

Cuando á casa volvía, al salir de una calle, el mismo día, encontróse el tío Inacio al tío Niceto, que le dijo en secreto:

—Inacio, no te enfades, pero te voy á icir cuatro verdades.

—Habla.

—¿Me das premiso?

—Si es preciso

cuenta con el premiso.

—Pus na, que tu mujer te está engañando. Ya hace tiempo que la anda cortejando el maestro de escuela.

—¿Estás seguro?

—Yo mesmo los hi visto, te lo juro.

—¿De verdad?

—De verdá.

—¡Ya pué el maestro

rezar un padrenuestro

—¿Qué intinción es la tuya?

—Ir á su casa.

—Hombre, aspera.

—No aspero ni un menuito.

¿Ices que con mi Juana se propasa?

Pus me las va á pagar.

—No seas bruto.

¿Qué quíes hacer? ¿Rompele las costillas?

—¿Rompele las costillas? ¡Güena gana!

¡Quíis! Quitale un capón y unas morcillas que le ha llevau mi chico esta mañana...

Alberto Casañal Shakerzy

En el restaurant.



—¡Rediós con los de pueblo! ¡Han echado la llave antes de servirles el segundo plato!

¡Cómo se escribe!

Ó no ha de escribir D.^a Emilia ó ha de errar, aun en las cosas más triviales y conocidas.

De manera que, para bien ser, se había de reformar el aforismo latino aquel de *Humanum est errare*, para aplicársele más directamente á D.^a Emilia, diciendo: *Emilianum est errare*.

Porque hay cosas en que ya no yerra nadie más que ella.

Y los académicos, á lo sumo.

Por cierto que parece mentira que, poseyendo D.^a Emilia tan notoriamente la única condición reconocida como necesaria para entrar en la Academia que es el don de errar, pues de la otra condición de la residencia en Madrid ya se prescinde á cada paso; parece mentira, digo, que haya todavía dificultades para meter á D.^a Emilia en la indocta casa.

¡Si está entrando ella sola!...

Una señora que cree que inhibirse es... lo contrario de lo que es realmente y lo escribe así, y llama *pena de dño* á la *pena de sentido* y viceversa, y dice que *vuela la garduña* y aun la mide la longi-

tud de las alas, y habla de *la densidad de la temperatura*... una señora que tales cosas escribe es académica por derecho propio.

Y entrará, no pu-de menos; entrará. Porque además de los ya mencionado-, continúa ha-iendo méritos todos los días.

Y no es que sea tonta D.^a Emilia, no; no vayan ustedes á creer que es tonta. Al contrario: no d-ja de tener sus *coruscaciones intelectuales*, como diría ella de seguro si sospechara la existencia de ese verbal latino, que significa relámpago. Lo que hay es que ha estudiado poco, y, empenándose en escribir de todo, escribe de muchas cosas que no sabe.

Recientemente ha escrito otro cuento titulado *Sustitución*, que no es de escapatória como los anteriores.

Quiero decir que su argumento no consiste en que se escape ninguna niña ni señora ca-ada; mas no por eso vayan ustedes á creer que el verbo escapar queda ocioso en el cuento.

Á D.^a Emilia siempre se la escapa algo.

Cuando no es el latín, es la física, ó la *densidad de la temperatura*; cuando no es la doctrina cristiana, es la sintaxis, ó el sentido común, ó cualquier otro elemento de importancia.

«Las noches de invierno—dice D.^a Emilia—nos servía de asilo la salita de la señora, donde ardía un brasero... bien pasado.»

¡D.ª Emilia! ¡D.ª Emilia!... Un brasero no suele arder nunca en la salita de una señora, porque los braseros no suelen arder más que al encenderlos, y no se suelen encender en las salas... Pero tratándose de un brasero bien pasado, ¿cómo había de arder ni en la salita ni en ninguna parte?...

Ahí tienen ustedes á una señora que no sabe lo que es arder, y es catedrática de estudios superiores de literatura en el Ateneo.

¿Cómo serán allí los estudios inferiores?...

Razón tiene Félix de Montemar cuando se queja de la impropiedad del nombre de estudios superiores, aplicado á las lecturas de D.ª Emilia.

En el mismo cuento donde ardía el brasero bien pasado, dice D.ª Emilia:

«Al saber que había aparecido muerta en su cama, fulminada por un derrame seroso...»

—*Fulminada!*—preguntan los lectores al saber que ha escrito eso D.ª Emilia.

—*Fulminada!*—contesto yo;—sí, *fulminada*. Así lo dice D.ª Emilia; y el que no esté conforme, por creer que ese verbo no se construye así ni tiene esa significación, y por creer que eso de decir que *había muerto fulminada por un derrame seroso* viene á ser lo mismo que decir que *había muerto disparada por una escopeta*, que se lo ponga á pleito á la ilustre traductora de Melchor de Vogue, de Montalembert, de Ozanan y otros.

Dice poco después D.ª Emilia que llegó «á una pradería donde varios gañanes trabajaban en *segar hierba y amontonarla en carros*», en lo cual tampoco dice bien; no solamente porque no es verosímil que amontonaran la hierba inmediatamente después de segada, sin dejarla secar, ó cuando menos, desmojarse un poco, sino porque la hierba no se *amontona en carros*: se amontona en el suelo, cuando se amontona, y cuando se pone en los carros no se dice que se *amontona*, sino que se *carga*. Hubiera dicho D.ª Emilia al hablar de la hierba «*cargarla en carros*», y... siempre tendría su cuento un disparate menos, aunque todavía le quedaran muchos.

Y sigue D.ª Emilia *amontonando*... de esas cosas.

«Explicóme—dice—que el pradito aquel rendía todos los años más de treinta carros de hierba seca, que se vendía como pan bendito.»

No es verdad D.ª Emilia; eso no puede ser verdad, porque el pan bendito no se vende.

Y no vendiéndose ni habiéndose vendido nunca el pan bendito, es absurda la comparación, y no ha podido formarse jamás eso que usted cree una frase y que en efecto no lo es, sino disparate de usted únicamente.

Usted, señora D.ª Emilia, se conoce que ha oído cantar un gallo en un muradal, y no sabe usted en cuál. Es decir, que ha oído usted la frase *como pan bendito*, pero no se ha enterado usted de que no se forma con el verbo *vender*, sino con el verbo *repartir*.

«Se lo reparten como pan bendito», «se repartió como pan bendito», se dice de una cosa divisible y muy solicitada.

Y se dice así, porque el *pan bendito*, que es una de las nueve cosas por las que se perdona el pecado venial, el pan que bendice el párroco los domingos al ofertorio de la misa mayor, y que también se llama *caridad*, se reparte entre los feligreses dividiéndolo en trozos muy pequeños á fin de que haya para todos.

¡Siempre tan atrasada esta D.ª Emilia en las cosas de piedad y de religión!...

Y luego, es claro: soltar disparates como ese de que la hierba «se vendía como el pan bendito», que precisamente no se vende.

Todavía en el mismo cuento del *pan bendito*, que D.ª Emilia quiere que se venda como la hierba, después de llamar por dos veces *vidrios* á los anteojos, en lo cual sigue su manía de llamar *vidrios* á todas las cosas, pues también recuerdo que refiriendo un viaje á Tordesillas dice que pidió á una mesonera un *vidrio de agua* por decir un vaso, todavía vuelve á errar D.ª Emilia en cosas sencillísimas y tocantes á la religión, pues confunde el funeral con el entierro.

Aparece muerta en la cama una señora, *fulminada por un derrame seroso*, como dice D.ª Emilia: va inmediatamente el protagonista del cuento á poner la triste noticia en conocimiento de un hermano de aquélla, y cuenta D.ª Emilia que le dice:

—«No vendrá usted al funeral?»

Señora, eso no se llama el *funeral*; se llama el *entierro*.

Funeral se llama la función religiosa compuesta de oficio de difuntos y misa de *requiem*, que se celebra después de enterrado el cadáver, á los ocho ó nueve días generalmente. Y *entierro*... pues ello mismo lo está diciendo: el acto de enterrar el caáver.

Para lo que el protagonista invita al hermano de la difunta es para el entierro, y... las cosas se deben llamar por sus nombres.

¿Qué trabajo cuesta?...

Digo, á usted sí la costará trabajo, porque no suele saber los nombres de las cosas; pero, en aprendiéndolos, el mismo trabajo cuesta decirlos bien que decirlos mal.

Y el mismo tiempo se tarda en lo uno que en lo otro.

Antonio de Vallbuena.

★

PROPÓSITO DE ENMIENDA



—Como encuentra una forastera, sana, robusta, con algunas tierras de pan llevar y que quiera saber lo que es bueno, digo esta vida agitada en que no se tropieza con un duro y... consiento que me hagan alcalde pezáneo.

★

A una prima tacaña.

Mi estimada prima y Concha:
 ¡Se necesita un tapé superior para volverme á convidar á comer cuando aún no se me ha olvidado lo que pasó la otra vez, gracias á lo miserable que el Señor te quiso hacer! Menos mal que, escarmentado (malbaya tu ariso, amén), no asistiré á tu comida sin llevar dentro un bistek. Por cierto que Inés, tu fámula, bien te secunda. ¡Rediles con la comida ilusoria que nos puso su *merced!* ¡Quisí, Concha, te figuras que yo no recuerdo que nos dió primero unas ostras desalquiladas la Inés? Dijo que eran epa abrir bocas, y en efecto, dijo bien, pues, al verlas, con un palmo de boca abierta quedé. ¿Á quién se le ocurre job, Concha!

darme dos ostras ó tres sin el bicho que en el centro suelen las conchas tener? Sopa de fideos finos rezaba el *menú-cartel*; pero tan finos los puso que no los pudimos ver. ¡Y qué paella más rica nos sirvió luego después! Trasládé á mi plato un grano de arroz, y le pregunté si sabía el paradero de las tejadas. «No sé —con esté.— Yo no me traté con eso que dice usted.» Lengua era el plato segundo, y yo me acordé muy bien de que Inés sacó la lengua, ¡pero yo no la caté! Pues ¿y los tan anunciados cangrejos? ¡Qué chasco aquel! Me dijo Inés que se habían fugado á medio cocer, y los andaba buscando por todo el distrito el juez.

Tempestað deshechà.



Le esperó para darle una guantada,
miró al soslayo, fué... y no hubo nada.

Y con la brouna te ahorraste
los cangrejitos también.
Después de darme unas truchas
pintadas en un papel,
tu economía más cómica
indudablemente fué
la del flan. ¡No se me olvida!
¿No recuerdas tú que, en vez
de darme realmente el flan,
me estuviste hablando de él?
Si me diste la *castaña*
(que es un postre de chipén),
y me la diste con queso,
¿qué más pude apetecer?
Cuando salí de tu casa,
excuso decirte que
tenía más apetito
que el que no come en un mes.
Y claro está, cuantas cosas
luego á la vista me eché,
me pareció, cara prima,
que eran cosas de comer.
El tintero, desde donde

llevo la pluma al papel,
se me figuró una jicara
de chocolate de á seis
reales libra; la cabeza
de un amigo mío, que es
magistrado, parecióme
que era un melón de Añover;
mi cartera, un entrecot;
el reloj que en la pared
tengo colgado, creí
que era un jamón de Avilés;
mis zapatillas, un par
de lenguados *al gratin*,
y un atún escabechado
la mamá de mi mujer.
Y no me comí los muebles
y una buena parte de
la familia, porque fui
desde tu casa al Inglés.
En fin, si has de hacer conmigo
lo que hiciste la otra vez,
vale más que no me invites,
¡no me invites á comer!

Juan Pérez Zúñiga.

Ley eterna.

Murmuráis del marqués de Fuente Chica,
descendiente de muchos potentados,
persona alegre, gastadora y rica,
que, libre de quehaceres y cuidados,
de disgustos y penas,
va derrochando el oro á manos llenas.

Para vuestro rencor halláis motivo
en esa holganza del marqués, que viene
á ser insulto vivo
al que nada disfruta y nada tiene.

Y decís que es un crimen
la existencia de tales caballeros
que el jugo dulce de la vida exprimen,

mientras miles de obreros
jamás por el trabajo se redimen.

Él, es verdad, reposa
en colchones de plumas
y tira en las orgías grandes sumas
con una esplendidez escandalosa;
y en tanto, centenares de infelices,
con mala ropa y alimento escaso,
no tienen más alfombras y tapices
que el quicio de un portón y el cielo raso.

Pero el noble marqués de Fuente Chica,
jugador, holgazán y... majadero,
á cuyas manos afuyó el dinero
que juntó mucha gente avara y rica,
tiene que ser así, loco, aturdido,
manirroto, sin freno y sin prudencia,
porque está, sin saberlo, poseído
del papel que le dió la Providencia.

Es preciso que en todos los momentos,
en juegos, en caprichos y en orgías,
lance á los cuatro vientos
los ahorros de un siglo en cuatro días,
que derroche sin tino ni cuidado,
y el oro á tanta costa amontonado,
que en sus manos se funde
por medio del crisol de los placeres,
vuelva al fondo social, para que inunde
fábricas, obradores y talleres.

¡Hay que hacerse la cuenta
de que fuera peor si lo aumentara
y, ordenado burgués, se contentara
con vivir guapamente de la renta!

Porque de ese otro modo
que os parece pecado imperdonable,
cuando él se muera pobre y miserable...
¡la sociedad lo recupera todo!

Sinesio Delgado.

Merudencias.

No puedes figurarte, Rosalía,
el placer tan inmenso y la alegría
que anteanoche he tenido

al saber que hace poco te has casado.
Tu consorcio con Diego me ha salvado.
¡Que el cielo se lo premie á tu marido!

ANTONIO SOLER.

—¡Las dos viudas!
—En un día,
—¿Y de qué ha muerto Castor?
—De capitán, hija mía.
—¿Y Antonio?
—De pulmonía,
que es muchísimo peor.

ALFREDO LÓPEZ ÁLVAREZ.

Queriéndote con el alma
te enseñé á fingir cariño:
¡los besos con que comercias
son aquellos besos míos!

FEDERICO CANALEJAS.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. M. L.—Hay que fijarse un poco en el valor de las palabras, porque si no se corre el peligro de aplicarlas de mala manera. Y no hay para qué poner ejemplos, porque en la composición los hay innumerables.

Sr. D. F. P.—Pues sí, señor; se aprovecharán algunas.
Sr. D. M. S.—Cuánto siento que su carta haya llegado tarde! Cuando se publique este número habremos ya visitado Plasencia y Hervás, en los días 6 y 7.

El chiquito de Valladolid—No se puede alterar la hora de salida, porque es próximamente la misma hace muchos años. Tampoco esta vez puedo utilizar nada.

Casto Surano.—¡Asáral!

Sr. D. I. L.—Hombre... yo complacería á usted con mucho gusto, pero no es posible. Porque esos ¡ay! no son versos siquiera.

Sr. D. A. G. O.—No se puede hacer esos chistes con las hostias santas ¡caracoles! vamos, porque... no son de muy buen gusto, aunque no pasen de centes.

Sr. D. L. V.—Fuertecitos en su mayor parte. Pero ya se ve usted que inopuede hacer bien esas cosas.

Un caprafílico.—Allá va un cacho:

«Pajaro que rauda vuelas,
posado en la rama verde
viote el cazador, Matote,
más te valiera estar duermes.»

Por lo del viote y el matote lo publico. No vaya usted á creer que es por otra cosa.

Chamorro.—¿Que qué me parece? Pues ¿qué me ha de parecer? ¡Muy bonita!

Curo.—Huya como de la peste
del cultivo de las artes.

Vea si hacen falta encuertes
en el tranvia del Este.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS
Marca LA NOYESA

Galicia, Bordadores, 2.—La Holandesa, carrera
de San Jerónimo, 7 y 9.—La Francia, León, 23, y
principales ultramarinos.

RECOMENDAMOS

Á NUESTRAS LECTORAS

Que empleen en los parquet ó pisos de mader
y en los mosaicos el

Brillo especial

para muebles y parquet

que vende la casa GRASES.

Fuencarral, 8.

Usándolo una sola vez quedan los pisos muy
brillantes permanentemente.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.:

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

▲ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

▲ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsula, 4, primera derecha

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.